

RONCESVALLES: SANTUARIO Y HOSPITAL EN LA EDAD MEDIA

Eloísa RAMÍREZ VAQUERO

eramirezvaquero@gmail.com

Desde casi el vértice del Pirineo, en uno de sus puertos naturales más emblemáticos, transitado desde la Antigüedad, Roncesvalles ejerce un singular atractivo para muy diverso tipo de personas; por una parte espiritual, en torno a la iglesia gótica presidida por Santa María, con una excepcional imagen del siglo XIV. Por otra parte, cultural e histórico, vinculado a Carlomagno y a la lastimosa derrota de Roldán, tantas veces cantada y contada por los juglares y trovadores sobre todo desde el siglo XII. Paso para atravesar la cordillera y sueños carolingios se unieron felizmente para potenciar un pujante trasiego de peregrinos en su camino a Compostela; Roncesvalles es seguramente el punto más famoso de toda la ruta jacobea: para alcanzarlo se juntan antes de la subida tres de los cuatro caminos históricos que atraviesan media Europa.

Con estos elementos como ineludible trasfondo, cabe acercarse a esa doble condición de santuario y hospital que, desde su fundación en el siglo XII, nunca ha abandonado su ambiente cotidiano. Roncesvalles cuenta con una extensa bibliografía y ha sido objeto de interés académico desde hace ya mucho tiempo. Custodia entre sus muros, porque su condición de colegiata evitó la desamortización permanente de sus fondos, un rico archivo documental con piezas que se remontan al siglo XI y alcanzan la actualidad.

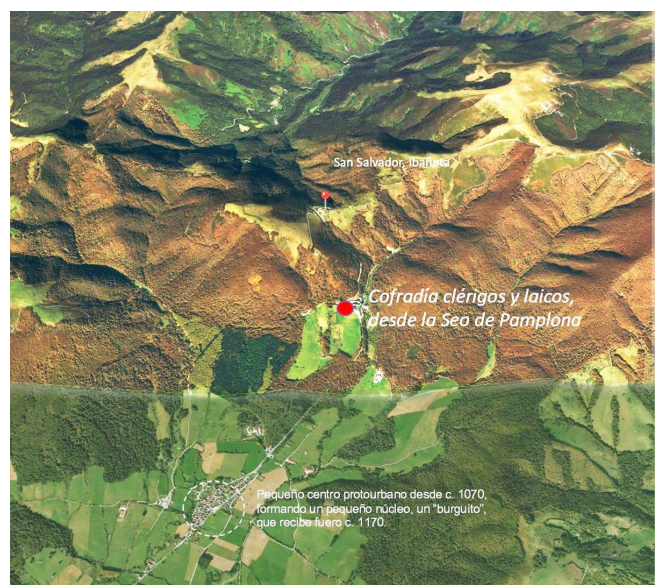
UNA TRAVESÍA DEL PIRINEO... DESASISTIDA

No se ha conservado el documento fundacional original de Roncesvalles, pero sí uno posterior que copia diversos asuntos entre 1127 y 1135 y constata cómo el obispo de Pamplona, animado por el rey Alfonso I el Batallador, manda hacer “una casa para acoger a los peregrinos” junto a la capilla llamada de Carlomagno. Instituye una cofradía donde debe haber al menos dos sacerdotes, y luego (1134-1135) otro monarca, García Ramírez, concederá un conjunto de bienes y rentas que conforman el primer núcleo patrimonial de la colegiata.

*Vista aérea de Ibañeta,
Burguete y Roncesvalles, siglos XI–XII*

La fundación de 1127, consolidada pocos años más tarde por otra sintonía regia, no remediaba del todo –aún– el panorama de desamparo que acompañaba al caminante que acometiese la travesía del Pirineo Occidental. Cuando hacia 1140 Aimeric Picaud nos relate su viaje a Compostela reflejará todavía un escenario desolador desde mucho antes del puerto de Cisa y por lo menos hasta la localidad de Viscarret, más meridional. Dejando aparte ahora la visión tan adversa que transmite de las gentes de la tierra, quizá trasunto de alguna mala experiencia en su travesía, interesa repasar los lugares concretos que describe. Cabe destacar, primero, que en otro momento de su texto, Picaud señala los que considera “los tres hospitales del mundo”: el de Jerusalén –como no podía ser de otro modo–, el de Mont Joux, en los Alpes, y el de Santa Cristina de Somport, en el paso del alto valle del Aragón. Es decir, todavía en esas fechas el hospital de Roncesvalles no había alcanzado un prestigio relevante; los dos primeros no sorprenden, pero el pirenaico no es Roncesvalles.

Y para valorar su apreciación, conviene situarse en ese escenario, el del caminante que llega desde el norte y afronta el potente perfil del Pirineo. A mediados del siglo XII no cuenta con centros urbanos previos en un radio ciertamente lejano. Tampoco con espacios eclesiásticos de acogida. Un arco de sedes episcopales de tradi-



ción antigua rodea el territorio desde el condado de Labourd y el vizcondado de Bearn: Bayona, Dax, Aire, Lescar y Oloron, pero la mayoría son sedes intensamente disminuidas, salvo quizá Bayona. La ruta de Lescar-Oloron, en el Bearn, se encaminaba decididamente a Somport y su hospital de Santa Cristina,



Paso de las cumbres.

para alcanzar Jaca. No en balde ambos fueros, de Oloron y Jaca, cuentan con pocos años de diferencia y reforzaron una ruta de singular atracción comercial, cultural y política para los reyes de la "dinastía aragonesa", Sancho Ramírez, Pedro y Alfonso el Batallador, y para los vizcondes de Bearn. Solo desde Aire, en las lejanas orillas del Adour, el camino se encaminaba hacia Ibañeta, sin ningún otro centro urbano intermedio: San Juan de Pie de Puerto aún no había nacido. Y tras una ascensión ciertamente dura y solitaria, en el vértice inhóspito y expuesto a todos los vientos, apenas había un pequeño albergue que el rey Sancho IV el de Peñalén había entregado a San Salvador de Leire y que, por este motivo, conocemos como de San Salvador.

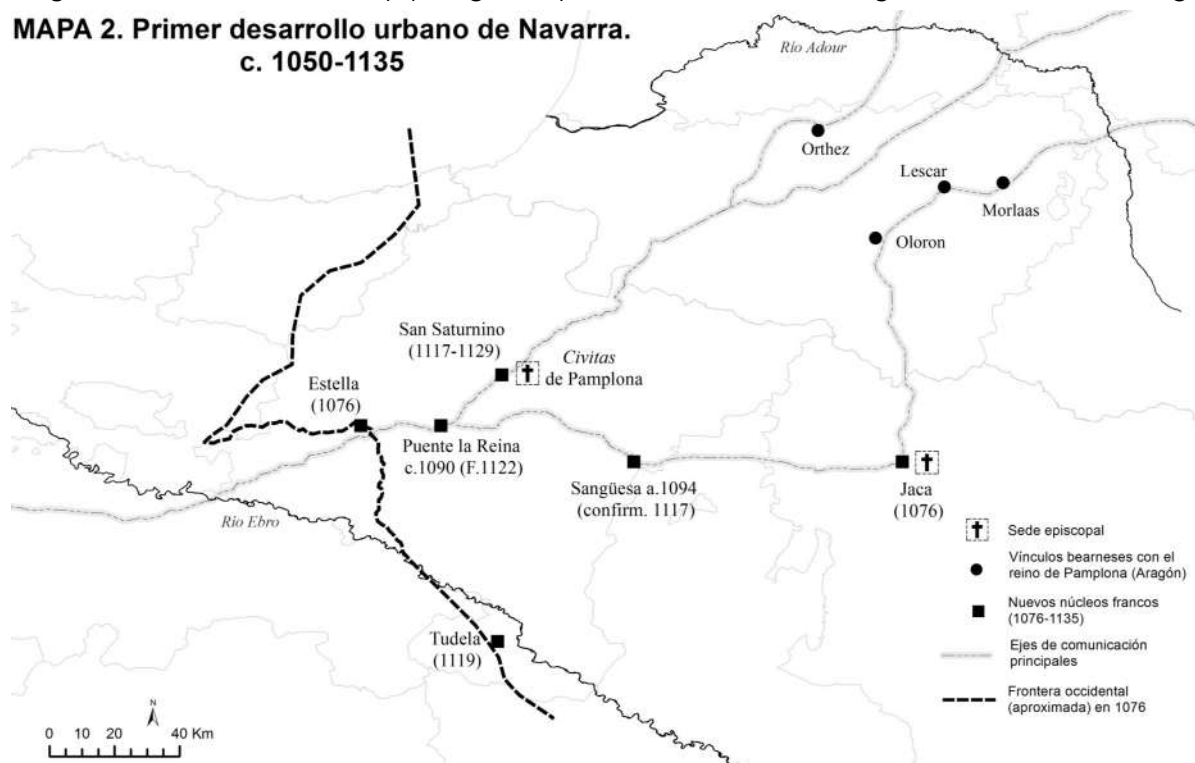
En los años centrales del siglo XI, antes de que pasara Picaud por allí pero cuando ya se había fundado aquel pequeño enclave legerense de Ibañeta, había sin duda una pequeña comunidad de labradores un poco más al sur, que alojaba igualmente a caminantes y peregrinos, y

que mucho después conocemos como Burguete. Pero entonces se llamaba la villa de Roncesvalles y el conde Sancho de Erro, caballero al servicio de Alfonso el Batallador, había donado su "hospital" a Santa Fe de Conques en 1101-1104. En un proceso un tanto impreciso, aquellos derechos habían pasado a Santa Cristina de Somport hacia

mitad del siglo y así habían sido confirmados por el pontífice entre 1134 y 1151. Hoy pensamos, siguiendo a Fermín Miranda, que la donación al hospital aragonés tuvo que ser seguramente algo antes de 1134: no tendría sentido después, como enseguida veremos.

Y volvemos al relato de Picaud, que nos cuenta (Cap. VII) qué encuentra en su descenso de la cumbre hacia el sur. Menciona entonces un hospital e iglesia, sin entusiasmo alguno, a los que sigue poco después el lugar de Roncesvalles. Se trata de esa villa de Roncesvalles cuyo fuero de francos corresponde a los años setenta del siglo, casi paralelo a otro cuya fecha es más conocida en Larrasoña. Pero ya antes se detectan francos en el entorno de lo que cabría considerar un "protoburgo", que luego el rey ratifica con el estatuto correspondiente. Y al que la colegiata acaba robando el nombre, dejando a esta pequeña localidad con el apelativo del Burgo de Roncesvalles que muchos documentos posteriores indican: el "burguito" en realidad. El Burguete

MAPA 2. Primer desarrollo urbano de Navarra. c. 1050-1135



que hoy conocemos.

Para Picaud parece más digna de reseñar la villa, aunque tampoco se detenga particularmente en ello. De hecho, la presencia en ella de Santa Cristina –su tercer hospital a escala universal– era sin duda un motivo más de relevancia. En cambio, aquella iglesia junto al hospital que había indicado nada más iniciar el descenso le interesa poco; sería la que hoy conocemos como el Silo de Carlomagno, o capilla de Sancti Spiritus, que tras la arcada de su claustro externo esconde una planta románica. Y junto a ella habría un hospital, sin duda pequeño, cuya planta no conocemos y que pudo estar quizá junto a su entrada. En Santa María de Irache, por ejemplo, hay constancia de que la fundación del hospital por parte de García el de Nájera en los años centrales del siglo XI se había realizado *iuxta portam*: junto a la puerta.

Por tanto, a mediados del siglo XII, la inicial cofradía de clérigos fundada por el obispo con el apoyo de Alfonso el Batallador era todavía un centro de reducido tamaño. Pero conviene atender el contexto político que posiblemente hizo cambiar esto.

INTERESES ARAGONESES, INTERESES NAVARROS.

En 1134 había muerto Alfonso I el Batallador, herido en el asedio de Fraga, dejando un testamento incumplible y ante el que ahora no cabe detenerse. Pero sí conviene llegar a la consolidación de la que será la solución definitiva después de otros acuerdos y ajustes previos: la separación de los territorios pamploneses y aragoneses con el complejo reconocimiento de García Ramírez y Ramiro II, respectivamente. Varios aspectos resultan relevantes para valorar el despegue del hospital que, ahora ya definitivamente, llamaremos Roncesvalles, dejando la etiqueta de Burguete para el cercano burgo franco.

Primera cuestión: la dinastía aragonesa que ahora se ciñe al espacio oriental había desarrollado una intensa política de desarrollo urbano del reino, con las primeras concesiones de estatutos



Primera posible iglesia del Sancti Spiritus.

francos que conocemos. Pero conviene observar que su atención preferente había ido hacia el sector oriental, por más que el novedoso fuero de Jaca se otorgase casi simultáneamente en Estella en torno a 1076. Éste era un flanco imprescindible entonces, establecido ahí el límite del reino tras el magnicidio de Sancho IV en Peñalén. Pero más allá de eso, importan otros detalles: el interés por Jaca y la ruta que venía de Olorón, la atención a los cenobios aragoneses de San Victorián, Santa Cristina, San Pedro de Siresa y no digamos el panteón regio de San Juan de la Peña. O la ceca de la primera moneda del rey en Jaca: la de los “dineros jaqueses”. Es en ese contexto en el que tiene sentido la anteriormente indicada donación de Burguete a Santa Cristina, precisamente.

Ante esto, y es la segunda cuestión, ¿la mitra pamplonesa no había tenido actuación alguna? Conviene recordar que los obispos de Pamplona, única sede hasta la erección de Jaca, eran los señores de la ciudad con todo su término, donde ya seguramente –como en la villa de Roncesvalles y como en Estella antes de su fuero– pequeños núcleos de francos iban buscando acomodo. El propio señorío jurisdiccional episcopal entorpecía la acción regia en la cabeza del reino, a quien de hecho daba nombre (reino de Pamplona), pero obispo y rey encontraron la forma de encarilar, al menos, un primer desarrollo urbano de aquella civitas episcopalis. Hacia 1129 consta ya un fuero de francos para el nuevo burgo de Pamplona, San Saturnino, donde rey y obispo se repartían determinados derechos del mercado que, sin duda, la vía de comunicaciones iba a activar. Huelga señalar la coincidencia de fechas con la fundación, por parte del mismo obispo y con apoyo del mismo rey, de una cofradía de clérigos para proteger al caminante que acababa de superar el puerto: 1127. Y es que la ruta más occidental no podía quedar al margen una vez confirmado el éxito de la otra por el paso desde Somport y Olorón (su fuero es de 1080) hasta Jaca, además convertida en sede episcopal, con fuero de hacia 1076.

Pero queda otro asunto importante, porque la muerte de Alfonso I y la conformación de dos reinos separados marcó un punto de partida de la mayor relevancia. En primer lugar, porque el nuevo rey de los pamploneses, García, había llegado al trono con el decisivo apoyo del obispo de Pamplona, y en segundo lugar porque los otros elementos hospitalarios de la comarca de Ibañeta eran de perfiles más bien aragoneses, no solo por Santa Cristina asentada en Burguete, sino porque San Salvador de Leire oscilaba en sus fidelidades y apoyos hacia el nuevo rey de Aragón. Entre 1134 y 1135 García Ramírez, con el

consentimiento de su obispo de Pamplona, concederá a Roncesvalles un potente conjunto de tierras y bienes que se constituye como verdadera dotación fundacional: por una parte, las cuartas episcopales de las iglesias de los valles de Aézcoa y, desde Huarte al propio Roncesvalles, las de los valles de Erro y Esteribar. Y por otra, un elenco de heredades e iglesias en diversos valles cercanos a Pamplona. Sin ser especialmente cuantiosa desde el punto de vista económico, se extendía sobre un espacio muy considerable que actuó de potente catalizador del prestigio de la colegiata. En la segunda mitad de ese mismo siglo las posesiones crecieron de manera exponencial, y con ello el peso de Roncesvalles en la corte regia.



Entrada a la iglesia (siglo XIII).

por excelencia de manifestación de la realeza. También Sancho VI el Sabio, su hijo, descansaría allí en 1194; y ambos casos se han considerado como elementos que forman parte de todo un programa de legitimación regia. Una justificación que Sancho VII ya no necesitaba. En cambio, en él confluyen otros elementos ligados a la persistente mirada de su dinastía hacia los horizontes ultrapirenaicos y extrapeninsulares.

García Ramírez había conectado con diversas estirpes septentrionales ya desde la conquista del valle del Ebro, todavía con el Batallador. Como señor de Tudela había compartido faenas con los condes de Perche y su familia, emparentados con los monarcas de la rama aragonesa

de la familia desde el siglo XI. Sancho Ramírez había enlazado con Felicia de Roucy, cuñada del conde Godofre de Perche, padre de Rotrou, intenso colaborador en la conquista del Ebro y casado luego con una Plantagenet. El hijo de estos últimos casaría en tierras de Champaña. Resulta por tanto una interesante trayectoria, muy semejante a la que luego desarrolla la propia dinastía del Restaurador, porque García buscará esposa en la casa de Perche, Margarita de l'Aigle, y casará a una de sus hijas, también de nombre Margarita, con Guillermo I, rey de Sicilia, un normando vinculado a los Plantagenet por otras vías. En el turno de los nietos las cosas serán aún más interesantes: las hijas de Sancho VI casarán con otro Plantagenet –Ricardo Corazón de León, luego rey de Inglaterra– y con otro champañés, Teobaldo III. Y, más todavía, una hermana de Ricardo casará con el hijo y heredero de Guillermo de Sicilia y de la navarra, Margarita.

Interesan ahora todos estos enlaces porque evidencian una red de relaciones ligada a la coyuntura política continental, en la que los monarcas pamploneses se van afianzando desde mediados del siglo XII. Son el marco en el que se inserta la progresiva intervención navarra en las tierras de Ultrapuertos, donde consta un primer teniente del rey en 1189, todavía con Sancho VI. Las tierras de Cisa, justo en la vertiente norte de los collados sobre Roncesvalles, fueron las primeras en ligarse a la corona de Navarra. Las tensiones entre el rey de Francia y el de Inglaterra –un Plantagenet, duque de Aquitania–, y los posibles intereses luego de Castilla –Alfonso VIII también

Y LA MIRADA AL OTRO LADO DEL PIRINEO

Pero hay otra cuestión muy importante, igualmente ligada a la realeza y a sus intereses políticos. La sucesión de 1135 tenía una grave marca de ilegitimidad, tanto por el incumplimiento del testamento del Batallador como por la opción misma de cada espacio: Ramiro en Aragón, un clérigo, y García en Pamplona, descendiente por vía ilegítima de García Sánchez III, el de Nájera. No es posible desarrollar aquí el laborioso proceso de recuperación de la legitimidad regia pamplonesa, que entre otras cosas deviene en navarra, pero para lo que toca a Roncesvalles sí conviene fijarse en al menos uno de sus aspectos. Porque en Roncesvalles está enterrado el último de los Sanchos, el Fuerte, quien precisamente había obtenido del pontífice ese reconocimiento regio de rex Navarre.

¿Por qué se enterra Sancho en Roncesvalles? Las razones no se explican en ninguna parte y no queda un testamento escrito, pero la decisión pontificia en el pleito suscitado a este respecto, decidiendo el destino en la colegiata, apunta a que quizá había sido realmente su deseo. Pero conviene mirar más atrás. García Ramírez, su abuelo, había sido el primer monarca enterrado en la catedral de Pamplona (1150), en el marco seguramente de un acercamiento hacia la ciudad en tanto que cabeza del reino –ya no se cuenta con la sede política de Jaca, y Nájera es un espacio muy cambiante aunque se había implicado en la entronización de García– y lugar

enlaza con los Plantagenet—favorecen el vaivén de fidelidades de la nobleza local, alguno de cuyos linajes se acoge a vínculos feudales con el monarca navarro. Sancho VII, cuñado de Ricardo, será el protector de sus tierras cuando el inglés marche a la cruzada a Tierra Santa.



te los últimos 20 años de su vida, y donde murió— no parecen ser objeto de sus atenciones. Junto a la labor constructiva indicada y a otras 3 donaciones relevantes a Roncesvalles, el resto de centros del reino sólo recibe dos donaciones regias en este período. Claramente: es Roncesvalles su lugar de predilección.

Todo este proceso es simultáneo al gran crecimiento de los dominios de la colegiata, imparable desde 1164. El proceso ya ha sido estudiado por F. Miranda y no hace falta detallarlo; se van acumulando encomiendas a lo largo del reino, también en esas tierras de Ultrapuertos y desde luego fuera de Navarra. El prestigio de Roncesvalles, progresivamente identificado como “el” centro hospitalario por excelencia en los pasos occidentales del Pirineo, resulta ya imparable. El Cantar de Roldán del que conservamos manuscritos desde mediados de esa misma centuria, y cantan y cuentan singularmente los juglares y trovadores aquitanos —que tampoco es casualidad—, rodea a Roncesvalles de un halo de singular brillantez: es ahí donde cae derrotado Roldán, abandonado por Carlomagno, a quien el traidor Ganelón engaña arteramente en una mágica partida de ajedrez. Solo así puede explicarse tamaño descalabro de tan insigne monarca, que vuelve desolado a las cumbres para llorar el desastre y enterrar a su magnífico primo y a los pares de Francia, nada menos. Incluso, y siempre según el Cantar, iniciará entonces una peregrinación fabulosa ante la tumba de Santiago, apuntada por las estrellas desde Roncesvalles. Un sepulcro que todavía en el 778 no se había descubierto. Carlomagno quedó ligado así, por el cantar de gesta francés, a Roncesvalles y a la peregrinación jacobea.

Y Sancho el Fuerte se entierra allí. Muy probablemente, aunque no tenemos constancia documental de cuantías, había contribuido decisivamente a la construcción de la nueva iglesia, excepcional modelo del más puro gótico de la Isla de Francia, realizada entre 1205 y 1215. Un inventario de la cancillería regia de 1328 anota una bula de Honorio III fechada en 1219 donde se encarga al rey que ordene la consagración de esa iglesia “que les había hecho hacer a sus expensas (del rey)”. El dato se reitera luego en otros documentos pontificios, sobre todo a raíz del pleito para decidir su lugar de enterramiento. Y conviene añadir que a este rey de Navarra no parece interesarle mucho ningún otro centro eclesástico del reino: la catedral, Leire, Irache, o incluso la iglesia de Tudela —su lugar de residencia duran-

En este sentido, Fermín Miranda ha señalado además la similitud entre este tipo de enterramiento y este tipo de lugar, con el panteón preferido de los Plantagenet desde 1189 en la abadía de Fontevrault. Como éste, punto estratégico entre los dominios Anjou y Plantagenet, Roncesvalles se ubica en otro enclave esencial, entre la Navarra cispirenaica y la ultrapirenaica, sobre la que se había iniciado un reciente y paulatino control territorial desde la década de los años 80 del siglo XII. Y como Fontevrault, el sepulcro mismo —que es original, aunque esté ahora colocado en lugar distinto del inicial, en medio de la iglesia, junto a una reja del presbiterio hoy inexistente— asemeja en alguna medida el formato y estructura de las magníficas sepulturas y efigies de Enrique II, Leonor de Aquitania, Ricardo Corazón de León e Isabel de Angulema, la mujer de Juan sin Tierra; allí también está Juana de Sicilia, cuñada de Sancho VII, como el propio Ricardo. Incluso, las piernas cruzadas de la efigie del rey Fuerte, que algunos han asociado a su posible enfermedad final, se ponen igualmente en relación con escultores ingleses, dado que el formato abunda en la escultura gótica inglesa.

Si volvemos de nuevo a acompañar al caminante que llega desde el otro lado del Pirineo, el escenario en que necesariamente nos situamos a mediados del siglo XIII ha cambiado sustancialmente. La colegiata de Roncesvalles es ya, sin duda, un centro ineludible de acogida que paulatinamente va requiriendo un hospital más grande, o incluso más de uno, porque sabemos que entonces hay al menos otro, además de aquel que vio Picaud, que las fuentes llaman “La Caridad”. Y no será el único, aunque no es posible atender aquí la posible secuencia de construcciones, no siempre fácil de proseguir y que las excavaciones han ido intentando clarificar.

Pero el centro asistencial indudable que ya era Roncesvalles en estas fechas requiere contemplar un elemento más. Su magnífica iglesia gótica, aunque de dimensiones no muy grandes, es un excepcional ejemplo del nuevo estilo constructivo que irradia desde el norte de Francia: el primer gótico. Y esta “iglesia madre” de un prolijo

rosario de encomiendas en Navarra, Castilla, Portugal, la Corona de Aragón, Francia, Inglaterra e Italia, está presidida por una imagen tan asombrosa como el edificio, o más. Fechada también en los años iniciales del siglo XIV, quizá incluso mediados, es una de las que cabe considerar las seis imágenes marianas excepcionales del arte medieval navarro, con las de Pamplona, Irache, Ujué, el Puy de Estella y Rocamador de Sangüesa. ¿Qué entiendo en este caso por excepcionales, y por supuesto sin pretender minimizar la calidad de otras figuras preciosas? Me refiero esencialmente a las seis figuras de imagen extraordinaria tanto en su talla y tamaño como en la plata exquisitamente labrada que las enriquece; figuras que además son modelos de referencia para otros escultores. Y esas son, al menos, las románicas de Pamplona e Irache, por una parte, de las que en cierto modo deriva la de Ujué. Y las góticas de Estella (el Puy), Sangüesa y Roncesvalles. Los estudios de C. Fernández Ladreda aportan precisiones que aquí huelga reiterar.

Lo que aquí interesa es que para Roncesvalles se realizó una escultura tan excepcional como la propia iglesia; una de las más bellas y mejores piezas de la imaginería medieval mariana en Navarra. Tallada en Francia con una calidad fuera de toda duda y cuando allí ya no se realizan este tipo de tallas de orfebrería sobre la madera, la imagen, que es casi de tamaño natural, es objeto de devoción y atención intensas. Es, seguramente, la que hace de Roncesvalles un

santuario –además de hospital– al que acuden los peregrinos de toda Europa desde hace seis siglos. Por ese motivo no pudo viajar a Pamplona –viajó la pequeña Virgencita del tesoro, otra joya del siglo XIV– a la exposición de orfebrería navarra de 1986, o a la de imaginería medieval mariana de 1994, que excepcionalmente reunió a casi todas. Sencillamente, el caminante no podía no encontrarla al llegar a Roncesvalles. **PREGON**

La autora es catedrática de la UPNA y miembro del I.COMMUNITAS Institute for Advanced Social Research.

BIBLIOGRAFÍA

- MIRANDA GARCÍA, F., *Roncesvalles. Trayectoria patrimonial (siglos XII-XIX)*, Pamplona, 1993.
- MIRANDA GARCÍA, F., “*Émigrer après la mort: le transfert du corps du roi Sanche VII de Navarre à Roncevaux et l’hypothèse Fontevraud*”, en *Monastères et couvents de montagne: circulation, réseaux, influences au Moyen Âge* (dir. D. Le Blève), París, 2019
- MIRANDA GARCÍA F. y RAMÍREZ VAQUERO, E., *Roncesvalles*, (Serie Panorama, n. 27), Pamplona, 1999 (3ª reedición, 2010, 2011).
- RAMÍREZ VAQUERO, E., “*La comunidad regular de Santa María de Roncesvalles*”, en *Príncipe de Viana*, 54, 1993, p. 357-402
- RAMÍREZ VAQUERO, E., “*Reflexiones en torno a la realeza navarra en el siglo XII: A propósito de un matrimonio siciliano en la dinastía navarra*”, en *Memoria, Storia e Identità. Scritti per Laura Sciascia*, a cura M. Pacifico, M. A. Russo, D. Santoro, P. Sardina, (Quaderni Mediterranea, 17), 2011, p. 679-700.
- FERNÁNDEZ-LADREDA AGUADÉ, C., *Imaginería medieval mariana*, Pamplona, 1989.

Sepulcros de Fontevrault.

